Tirada de ¡150,001!!! ejemplares.

PRECIOS.

—

En Madrid, por un mes. . . . 4 rs.
En Provincias, por un trimest.. 18.

ADVERTENCIA.

—

Parecerá caro este periódico; pero no lo es, si se observa, que el pago de la suscricion ha de ser adelantado.

PUNTOS DE SUSCRICION.

—

Administracion del periódico, calle de la Libertad, núm. 29, cto. segundo.—Lopez, calle del Cármen, número 29.—Cuesta, calle Mayor, número 4.—Bailli-Bailliére, calle del Príncipe, núm. 11.—Publicidad, pasaje de Matheu.

NOTA.

—

Está prohibido recibir pliegos que no vengan francos de porte.

EL PADRE COBOS.

Periódico de Literatura y Artes.

Año I.—Número VIII. Sale todos los Domingos. 12 de Noviembre de 1854.

AHÍ ESTÁ EL BUSILIS.

Hay algo de misterioso en la loca agitacion de las pasiones humanas.

La ambicion, el egoismo, la envidia, el orgullo, la ignorancia y la hipocresía no explican suficientemente la lucha eterna que las generaciones sostienen unas tras otras.

La aberracion de los sentidos se agrava con el *progreso* de los pueblos.

Las historias antiguas solo hacen mencion de una Babilonia y de una torre de Babel: las futuras hablarán de miles y miles de ellas.

La sociedad está enferma, y su mal por lo visto no tiene cura.

El Padre Cobos, que en este momento se empeña en echarla de filósofo, es de opinion que en nuestras venas circula el sabroso licor que dió en tierra con nuestro abuelo Noé.

Si el mosto no embargara la razon del hombre, ¿caminaria tan torcido como camina y disparataria tanto como disparata?

¿Se leerian artículos de fondo de tres columnas sobre economía política?

¿Tendria El Padre Cobos tan solo 150,001 suscritores?

¿Se guardarian consideraciones con los zánganos y malvados que medran en perjuicio de las personas honradas y beneméritas?

¿Habria tanto artista *artesano*?

¿No tendria lugar cada dia una docena de autos de fé para purificar la prensa de críticas estúpidas?

¡Pobre sociedad! Si el flúido vital que pone en juego tus movimientos no es el vino, á lo menos lo parece.

Nunca fué tan necesario un diluvio universal (sea dicho con perdon de los *oenofilos*) (1) como en la época en que nos hallamos, y seria conveniente que ni aun el baul del Cid se salvara del comun naufragio.

Por supuesto que el arca del Tesoro español flotaria sobre las aguas.

(1) Cientificamente *mosquitos de tonel*.

BIOGRAFÍA DEL MORRION.

Ya sabeis quien es el clarinete.

No hace muchos dias que os dirigió un manifiesto que sin duda está destinado á cambiar la faz del mundo filarmónico.

Ahora me toca á mí el ponerme en evidencia.

Yo que soy el blanco de la curiosidad madrileña, curiosidad la mas curiosa de todas las curiosidades, me propongo satisfacerla contándoos mi vida toda entera.

Y empiezo diciendo que mi nacimiento es fabuloso. Soy hijo de un toro y una oveja, y pasé mis primeros años á orillas del Jarama.

Caí quinto en 1808, en cuya época era ya talludito.

Mi imperial (como entonces se decia) tenia que ver: media una fanega, y su superficie era de dos mil pies cuadrados.

Un plumero rojo se balanceaba magestuosamente sobre mí, merced á su altura de dos varas.

Cordones flamantes de lana amarilla caian formando graciosos pabellones por todo el derredor de mi venerable volúmen.

Una visera, á guisa de espolon de galera romana, completaba mi sér.

¡Oh! los *morriones de aquel tiempo* feliz teníamos algo de respetable, algo de grave: asi es que nunca se nos vió reir, y nos estaba prohibido expresamente el hablar, ni aun cuando nos juntábamos en asamblea.

En los años de mucha escasez, solian sembrar en nuestra copa los aficionados á la agricultura, y hubo cosecha que bastó á abaratar el trigo en todo el reino.

Mucho vi en tiempo de Napoleon, mucho sufrí, mucho bien hice; pero no me lo agradecieron; y cansado de tanto ser traido y llevado, me dí por satisfecho con un empleo de marmita en la cocina de un convento.

Pero la maldita manía de ver cosas nuevas me punzó tanto, que no contento con mi tranquilidad conventual, salí por esos mundos en demanda de aventuras.

No fueron muy buenas las que topé.

Primera aventura: hube de reducir la altura de mi plumero, estrechar los límites de mi circunferencia y tomar un aspecto mas risueño,

mas comunicativo, y vime precisado á reir y hablar hasta por la visera; cosa opuesta por cierto á mis antiguos hábitos.

Segunda aventura: encontréme con la novedad de que las cabezas que yo cubria no tenian rudeza y marcialidad, y sí perfumes y afeites.

Esto duró hasta 1823.

Desde este tiempo data de nuevo mi aspecto formidable y mi obediencia maquinal.

Á una voz, á un simple guiño, me volvia á la derecha, á la izquierda, hácia adelante ó hácia atrás.

Aquella fué la época en que nos codeábamos con la capucha, y haciamos una gran figura en las procesiones del Corpus.

Luego nos fuimos viciando, viciando, y nos metimos á camorristas por cuenta agena, hasta el estremo de cansarme de tanta baraunda y servilismo, y tornar otra vez, no á mi antigua cocina de convento, pues no se encontraba tal ni por un ojo de la cara, sino á un almacen de garbanzos en el cual servi de medida de media fanega.

Y esto duró hasta 1834.

Entonces hubo yo no sé que cosa que me hizo abandonar mi nueva morada, y salir de mis casillas, mal avenido con las legumbres.

Echéme á volar, y Dios sabe el efecto que me causó lo que vi ante mis ojos.

Los tiempos habian cambiado; y lo peor es que cambiaban á todas horas.

Hoy cayendo aquí, mañana allí, tropezando acá, magullándome acullá, pasé los primeros años.

La visera, unas veces pegada á la cara, parecia decir: ¿se debe algo? Otras, levantada y arrogante, hacia sombra al escudo, mientras se achicharraba el rostro del prójimo que me tocó en suerte.

Estos fueron los dias de verdadera crisis.

Principiamos por cambiar de posicion, en consonancia perfecta con el carácter peculiar de la época.

Lo ancho, que era lo que antiguamente ocupaba la parte superior, se puso para abajo; de lo cual resultó completamente invertido el órden.

Ya se acabaron los cordones, el plumero y el sembrar en la imperial.

Á aquellos aderezos que tan bien nos sentaban, sucedió la escuálida galleta, símbolo de lo afeminado de los tiempos modernos.

Nos encontramos enclenques, enfermizos, raquíticos y sin duda por esto fuimos mimados, obsequiados, ensalzados, alabados y glorificados hasta el punto de rebosar satisfaccion por entrambas carrilleras.

Mas tarde nos dieron un puntapié, porque ya para nada serviamos.

Tuvimos, eso sí, mucho galon por cualquiera moriquesta; mucho de:

—¡Qué mono eres! ¡qué robusto! ¡qué virtuoso! ¡qué lindo! por cada vez que habia eclipse solar; pero se acabaron las alabanzas; y como ni serviamos para marmitas por viejos, ni para medir fanegas de garbanzos por inútiles, nos arrinconaron muy bonitamente, y dije para mí:

—Si buenos piropos te echaron, buen arrinconamiento te vale.

Pero héte aquí que un dia llaman á la puerta del desvan do yacia tétrico y meditabundo además.

Entraron gentes de bullanga y chacota, alegres y juguetonas como unas castañuelas.

—Esta gente la conozco, dije para mi visera: yo la he visto antes de ahora, y aun apostaria á que hemos trincado juntos mas de una vez.

Y así fué: renovamos nuestra antigua amistad, cubrimos sus alegres cascos, y vimos de nuevo el sol en pleno verano.

Algo se nos ha cercenado, tal vez demasiado; pero ¡qué diablos! á falta de pan buenas son tortas; y si nos falta algo y aun algos de nuestra respetabilidad y gravedad primitivas, en cambio vamos viviendo como Dios manda ó prohibe, que esto importa poco.

SERVICIOS DE UN EDITOR

Y AYUDA DE EL PADRE COBOS.

Hácia la region del cráneo en donde colocó Gall la *filogenitura*, tiene El Padre Cobos una enorme prominencia. Allí reside su aficion á ver prosperar las obras del entendimiento; allí está lo que podria llamar su *tipógrafo-editorividad*, solo con que le diese la gana.

El otro dia recibió El Padre Cobos dos bárbaros y simultáneos porrazos en esta protuberancia.

«¡Oh dolor! esclamó, leyendo *El Tribuno*. ¡El celoso, el concienzudo editor Rivadeneyra cierra su imprenta!

—¡Oh espanto! añadió, soltando de la mano el *Museo de las familias*.—¡Mellado, el especulador, anuncia nuevas publicaciones!»

Y recogiendo del suelo el susodicho *Museo*, leyó en su cubierta lo siguiente:

«Creemos ahora, como hemos creido siempre, que el mejor servicio que podemos hacer es *ayudar á la ilustracion general*, en que estriba el verdadero y sólido progreso.....»

Tomó El Padre Cobos un polvo, y se echó á la calle *monologando* así:

«En resolucion, España es una tierra muy divertida.

»¡Oh tierra en que el editor Mellado *advierte* á sus suscritores que está *ayudando á la ilustracion general*!

»¡Oh tierra en que el editor de la *Biblioteca de autores españoles* tiene que suspender sus trabajos!

»Yo te saludo con la mas cariñosa sonrisa

»¡*Manduco me flumen de te*! ¡Cómo me rio de tí!

»¡Qué bien dijo quien de tí dijo..... «*C'est en Espagne que l'on désopile la rate*!»

Pasaba en esto un traductor *mellado*.—«¡Desopilar las ratas! dijo para sí. Eso promete ser mas lucrativo que mis traducciones.»

«¿Cómo pueden los libros (continuó El Padre Cobos), *ayudar á la ilustracion general* si en ellos no se respetan los fueros de la *idea* y de la *forma*?

»La *idea* tiene por sustentáculos la *moral* y la *ciencia*.

»La *forma* resulta del *lenguaje* y del *estilo*.»

Dime, público perspicaz, ¿hubieras tú sospechado que El Padre Cobos guardaba todas estas verdades debajo de su capucha?

Si algun dia tienes tiempo para reflexionar (es una suposicion), acuérdate del monólogo del venerable fraile.

«No *ayuda á la ilustracion* quien habla y no obra.—El que se afana por reimprimir nuestros clásicos, ese obra y no habla.—En cuanto á las publicaciones del Sr. Mellado.....

»Bajo el aspecto moral, ahí está el *Judío errante*. Ahí estan las noveluchas *ejusdem farinæ* que enriquecen la *Biblioteca popular* y la *Abeja literaria*.

»Bajo el aspecto científico, ahí está la traduccion de los *Cien tratados*, donde se llama habitacion *oscura* al aparato óptico conocido con el nombre de cámara *idem*.

»En el mismo número en que el *Museo de las familias* encaja su *ayuda á la ilustracion general*, pega estas dos pifias históricas:

1.ª—Coloca en 1186 la union de las dos rosas inglesas, que no se verificó hasta 1485: tres siglos despues.

»2.ª—Da el tratamiento de *magestad* á los Reyes Católicos, que nunca recibieron sino el de *alteza*.»

Mucho mas murmuró El Padre Cobos allá en sus adentros contra el fondo de las publicaciones melladescas. Pero reservó lo restante para otra ocasion. Teodora Lamadrid ha dicho, de una manera semi-divina, que *no se ha de dar todo en un dia*.

En la cuestion de forma, tambien masculló el ex-reverendo cosas notables.

»Por lo que hace al estilo..... Pero ¿quién pide estilo á la mitad de los colaboradores del Sr. Mellado? Su *estilo* es un palo de escoba.

»En cuanto al lenguaje.....

»Cierto dia vi en un zaguan de la calle de Santa Teresa, como formando el primer escalon del palacio del Sr. Mellado, un objeto oblongo, negruzco, agujereado á trechos, tieso y envuelto en costras de endurecido barro. Al pronto, me pareció la suela de un zapato viejo. Lo recogí y era una lengua..... era la *lengua* castellana.

»¡Esa lengua se me ha clavado en el corazon!»

Aquí rompió á llorar El Padre Cobos.

«¡Hi, hi, hi! En el último número del *Museo* he visto que se habla del *pecho latente de dos amantes*. Y sin embargo... ¡hi, hi, hi!... *latente* no viene de *latir*, sino de *lateo*, *lates*, que significa *estar oculto*.—*Latente* es la contraposicion de *patente*.

»Llamar *latente* á un pecho que late, consultando no mas que el sonsonete, es lo mismo que llamar *hombre sólido* á un hombre solo, *cenobio* al sitio donde se cena... ¡hi, hi, hi! *coetáneo* á un fabricante de cohetes, y *sopa agena* á una sopa de ajos.

»Pero esto no es nada (continuó El Padre Cobos en tono mas desabrido).

»Otros traductores se limitan á estropear los giros castellanos y á usar voces originarias de Francia en vez de las correspondientes españolas. Los verdugos literarios de la calle de Santa Teresa van mas allá; de-

jan en frances hasta las palabras de origen español que nuestros vecinos tradujeron á su idioma. Por ejemplo:

»1.°—Dice el *Museo*: «Avicenne menciona el agua de rosas.....» ¡Avicenne!

»El nombre de *Avicena* pasó, sin embargo, á Francia desde España. ¿Y cómo no, si tan enlazado se halla este famoso infiel con la patria de D. Quijote, que casi podria tomarle Caltañazor por un *moro manchego*?

»2.°—La *Historia constitucional de la monarquía española* (traducida por D. Baltasar Anduaga) disfraza á D. Fadrique de Toledo y á un hermano de D. Pedro el Cruel, con el nombre de *Federico*.

»Ya se vé... En francés se dice *Frédéric* y no *Fadrique*.

»El traductor acompaña su traduccion con esta eruditísima nota: «En sus relaciones con D. Alonso, ningun hijo tuvo doña Leonor de Guzman que se llamase *Federico*..... Este por consiguiente..... *no fué* víctima de los furores del rey.»—¡Oh delicioso aplomo! ¿qué dirá el vizconde Duhamel? ¿Qué dirán los cronistas y los poetas? ¿Qué dirán las ensangrentadas losas del Alcázar de Sevilla, al ver suprimido de un boleo su histórico y poético personaje?

»3.°—El *Diccionario de la lengua castellana* dado á luz por el señor Mellado, contiene el siguiente articulejo:

«Acudia.—(Entom.) Insecto luminoso, rastrero, especie de luciérnaga.»

»Averiguemos el origen y sigamos el rastro á este avechucho.

»En la *Historia de Indias*, décad. I, lib. 5, cap. 11, habla Herrera del escarabajo luminoso llamado *cocuyo*, y dice de él lo siguiente:

»Tomábanle de noche, con tizones, porque acudia á la lumbre, y llamándole *por su nombre*, *acudia*.»

»Un escritor traspirenáico, poco versado en la lengua de Cervantes, hubo de enlazar torpemente las dos últimas palabras, y entendió que *acudia* era uno de los nombres del *cocuyo*. Acogieron tan grotesco yerro el *Diccionario universal* de Antonio Furetier; el de Trevoux, el de *Historia natural* de Valmont de Bomar, el de *Animales* de Mr. D. L. C. D. B., la famosa Enciclopedia y otros y otros libros. Á fuerza de empeñarse en ello, ha logrado el fantástico animalejo, como acabamos de verlo, penetrar y connaturalizarse en España (1).

Aquí cerró los ojos El Padre Cobos, se pasó la mano por la frente, y concluyó diciendo:

«Basta: no desespero de ver confeccionar un dia de estos en los laboratorios del Sr. Mellado la impresion de *El sitio de Sarragose* ó la de *Don Quichote de la Manga*.»

Aquella noche tuvo el Reverendo que acostarse boca abajo, á causa de una tumefaccion que se le declaró en la protuberancia editorial. Fué menester aplicarle á la parte dolorida cantáridas compuestas con algunas hojas de la *Historia universal* de Cantú, vertida... á lugar no limpio por D. Antonio Ferrer del Rio.

Merced á este albeitaresco remedio, pasó El Padre Cobos muy mala noche. Todo se le volvia decir:

«Rivadeneyra es hombre muy entendido.....

»¡Pero Mellado es hombre *que lo entiende*!»

Es verdad que la madrugada fué peor.

Se le antojaba ver escritas en letra crasa sobre las mismas niñas de sus ojos estas palabras:—«La *Biblioteca de autores españoles* muere de inanicion,»—mientras que allá en el cielo... de la cama, aparecia en radiante apoteosis un Pluto editorial, contando onzas con las dos manos y sostenido sobre una nube de *Bibliotecas populares*, *Abejas literarias*, *Semanas* y *Museos de familias*.

Y en tanto que el un editor llamaba á voces á Mariana, Cervantes, Quevedo y Calderon, los cuales se sonreian tristemente, saludándole de lejos, bullia á los piés del otro editor, agitándose como jauría de hambrientos gozques, una multitud de traductores *intraducibles* y autorzuelos *notraducendos*.

De vez en cuando arrojábales el dios por toda limosna algunos pedazos de longaniza que ellos recibian clamando:

¡*Longanimitas*!

(1) Sabemos que otros *Diccionarios* españoles han incurrido de medio siglo acá en el mismo yerro. Pero esto solo nos sirve para esclamar con mas conviccion:—¡Hay muchos *mellados* en España!

Teatros de Oriente y de Occidente.

Esta semana se ha abierto un teatro mas: no necesitamos decir cuál es. Hay quien sospecha que su apertura es una señal de muerte para sus cofrades; pero no lo creemos.

La primera funcion fué muy aplaudida, lo cual es ya un buen presagio. ¡Quiera Dios que no comiencen pronto las silbas! El Padre Cobos piensa abonarse á este teatro; y ¡ay! de los actores que lo hagan mal!!

El *Real* nos ha dado al fin la magnífica partitura de Meyerbeer *Roberto el diablo*. En cuanto oyó las primeras notas, el Reverendo, que es hombre de gusto, comenzó á patear en su asiento y á volverse á sus vecinos, que le miraban con aire estúpido, esclamando:—¡*Gracias á Dios que oigo música*!

Habia asistido por espacio de seis noches seguidas á la representacion de la *Catalina*, por consejo de los médicos, que para curarle del esplin, le aconsejaron que se *aturdiera*, y el desdichado Padre iba enflaqueciendo por momentos.

Convencido de que el remedio era peor que la enfermedad, una de estas últimas noches, en lugar de tomar la calle de Alcalá, la volvió la espalda, se entró por la del Arenal, y por fin se encontró en el coliseo de Oriente atraido por la irresistible golosina de un cartel que anunciaba la susodicha ópera.

Figúrense nuestros lectores el contraste, y si no habia razon para gesticular, patear y arrobarse en éstasis de admiracion!

Algo incomodado por la vecindad del morrion, que estaba aquella noche un poco gárrulo, y por los clamores de sus compañeros de infortunio ó de *ignominia*, que viene á ser lo mismo, se puso sin embargo á engullir, con toda la voracidad de un gastrónomo que ha estado á dieta por espacio de mucho tiempo, las innumerables bellezas de la admirable particion del autor de los *Hugonotes*.

Desde que vió salir á Vialetti, contempló su *diabólica* apostura, y le oyó dar tres ó cuatro notas que se esparcieron graves y magestuosas por los ámbitos del grandioso coliseo, dijo el fraile para su capucha:—¡*Hé aquí á un* Bertran *que nos vá á indemnizar de los disgustos que nos han dado sus antecesores*!

Y en efecto, no se engañó; porque El Padre Cobos no se engaña nunca, sino cuando se equivoca. En el tercer acto, sobre todo, como actor y como cantante, el Sr. Vialetti se llevó al público tras de sí, y el Padre aquella noche contra sus hábitos (hablamos de los morales por supuesto), fué público tambien.

¡Qué notas, ira de Dios! ¡No las dan mas claras, mas sonoras, mas hondas y retumbantes los cañones de Sebastopol. El Sr. Vialetti además cantó y no gritó. ¿Puede hacerse de él mayor elogio en los tiempos *chillones* que alcanzamos?

El papel de la *princesa Isabel* fué menos afortunado que el de *Bertran*. La Sra. *Derly*, encargada de interpretarle, es un canario que necesita una jaula mas estrecha que la del teatro Real. Este exige de los cantantes grandes esfuerzos del pulmon. El público la aplaudió porque es muy jóven, muy simpática, y porque canta muy bien; pero su voz tiene poco cuerpo, y sus notas bajas son demasiado bajas, tan bajas que los oyentes no las *oyen*.

Decir que la *Gazzaniga* y *Malvezzi* estuvieron como siempre, seria una grande injusticia, porque en realidad estuvieron mejor que *siempre*; lo cual para el que los haya oido alguna vez, es un elogio de marca mayor.

El público en suma se mostró contentísimo, y El Padre Cobos tambien. Satisfecho de la funcion de la noche, y no enteramente disgustado de la de la tarde en el teatro de la plaza de Cervantes, se retiró á su casa, saboreó con delicia su pocillo de chocolate, y se durmió con la satisfaccion del justo que ha empleado bien el dia.

La noche siguiente asistió el Reverendo Padre á la representacion de la *Archiduquesita* en el coliseo del Príncipe. La persona designada en el título de esta obra es doña Mariana de Austria, que posteriormente fué Reina de España por su matrimonio con D. Felipe IV. Cree El Padre Cobos que el Sr. Hartzenbusch ha calumniado algun tanto á este régio personaje, haciéndole aparecer en su niñez con mucho mas talento del que realmente tuvo, aun en sus años maduros. Pero esto solo probará dos cosas: 1.ª que el Sr. Hartzenbusch no sabe poner *tonterías* en boca de sus personajes, por aquello de que nadie dá lo que no tiene; 2.ª que el autor de la *Archiduquesita* calumnia á las Reinas para hacerles favor: y si esto pudo parecer viejo hace cincuenta años, es completamente nuevo en los tiempos que corren.

Los dos últimos actos de la comedia del Sr. Hartzenbusch son muy bellos, y toda la obra está escrita en ese castellano rancio que solo saben ya hablar los alemanes aficionados á nuestra literatura.

Los actores de la *Archiduquesita* se lucen, y entre ellos descuella, si no por su tamaño, por su asombrosa inteligencia, la admirable niña doña Rafaela Tirado.

INDIRECTAS.

El «Adelante» prefiere «marchar en busca de la verdad uncido á un carro, que ser arrastrado por la opinion comun.»

Pues uncirse..... y *Adelante*, carísimo colega.

«El Horizonte» se oscureció: «El Esparterista» y «La *Revolucion* se han casado.

¡Dios nos la depare buena!!!

Un ciego gritando:

—El descurso que ha echado la Reina en la *abertura* de las Córtes.

Otro ciego rectificando:

—¡Animal! debe decirse, *apretura*.

Otro ciego enmendando:

—¡Cernícalos! como se dice es, *obertura*.

En esto los tres ciegos, engolfados en la discusion, tropiezan de cara contra una esquina, y se rompen las narices.

Los tres ciegos á una voz:

—¡Caracoles! he visto las estrellas.

La esquina resumiendo:

—¡La discusion es la luz!

La gente buscona pide á voz en grito el «derecho de *peticion*.

Aconsejamos á quien corresponda que, al consignarle, no olvide tampoco el de *negacion*; porque no conviene dejar cabos sueltos.

Por esas calles de Dios se pregonan barbaridades de tal calibre, que hasta los mismos pregoneros las ven. Lo cual no deja de tener su mérito, porque todos son ciegos.

Los oculistas están de pésame.

¡Crueldad!! «El Eco de las barricadas», «El Esparterista, *El Látigo* y *La Verdad*, han dejado á los pobres ciegos sin campanilla.

Verdad es que para el ejercicio que traen necesitarian de un cencerro.

El crítico musical de «La España», Mister Edgardo, se ha dedicado á la horticultura.

En su última *Revista Musical*, á propósito de lo bien que ejecutó su papel el tenor Sanz en *Los Diamantes de la Corona*, anuncia que la Rioja es famosa por sus pimientos y tomates.

¿Si querrá decir con esto que el apreciable artista canta como un pimiento?

Y dice el mismo Mister Edgardo, que el Sr. Barbieri sabe *escogitar el ritmo que mas le conviene*.

¿Qué entenderá por *escogitar* Mister Edgardo?

¿Si creerá por ventura que es sinónimo de *escoger*?

No está del todo desacertado Mister Edgardo en su *Revista Musical*, al afirmar «que el Sr. Olona no presume de académico, y que otros con menos caudal literario se sientan entre los *inmortales*.»

Los señores Canga Argüelles, D. Fermin de la Puente Apecechea y el Baron de la Joyosa se han dado por aludidos, y se van á echar á la vida airada, es decir, á escribir zarzuelas.

El célebre libretista Cammarano, que murió el año pasado en Nápoles, está traduciendo una zarzuela que piensa escribir don Teodoro Guerrero.

El Sr. Albuerne ha dicho, al leer la anterior noticia, que es deplorable el abuso que se hace del *puff* en los periódicos.

Al oir tales razones D. Emilio Bravo, guiñó el ojo á D. José María Diaz.

El Sr. Valladares y Saavedra dice en un drama que se ha representado, no sabemos dónde, y no sabemos cuándo, que el *hombre acaba donde la humanidad empieza*.

Nosotros, variando un poco la fórmula, diríamos que *donde empieza el Sr. Valladares acaba el sentido comun*.

ANUNCIOS.

EL ÓRGANO DE MÓSTOLES.

Con este título se acaba de abrir en la calle del *Desengaño* un gabinete de lectura con todos los periódicos de Madrid. El dueño tiene contratado un médico, que ha adquirido mucha fama en el tratamiento de las enfermedades mentales, el cual recetará á cada parroquiano el número y la calidad de los periódicos que deberá leer segun su edad, su temperamento y los achaques que padezca.

Á los pobres de espíritu, *El Eco de las Barricadas*.

Á los gotosos, *El Adelante*.

Á los que se quejen de insomnios, *La Soberanía Nacional*.

Á los amantes de lo bello, *El Látigo*.

Á los originales, *La Época*.

Á los modestos, *El Clamor*, etc., etc.

Nota. El resto del anuncio se pondrá por suplemento cuando haya bastante papel en los almacenes de Madrid.

CASA DE HUÉSPEDES.

La que hace tiempo estuvo cerrada á causa de la peligrosa enfermedad de la señora de la casa, se abre de nuevo flamante mas que nunca, llena de comodidades, para trescientos y mas huéspedes.

Se ha revocado de nuevo, se han cubierto con yeso algunas grietas, y se ha arreglado su interior de manera que los gritos de los huéspedes alborotadores no perturben el sueño tranquilo de los mas pacíficos.

Hay habitaciones para los músicos; tambien las hay para los danzantes.

La mesa es abundante y bien servida.

Hay sirvientes que hablan todos los idiomas, escepto el de la razon; porque se ha supuesto, no sin fundamento, que aquella modesta diosa huye del estrépito.

El Padre Cobos recomienda esta hospedería á las gentes sencillas que van llegando en tropel de las provincias.

PÉRDIDAS.

Al Sr. D. Adolfo de Castro se le han extraviado los artículos de la fé en un libro español que fabricó para los ingleses.

Quien hubiere encontrado algunas *notas* que se les han escabullido al ministerio austriaco y al director de orquesta del Circo, las entregará al Sr. D. Adolfo de Castro, que las pide con mucha necesidad para la próxima edicion del *Buscapie*.

Unas cuantas hojas volantes se han perdido, echándose á la Carrera.

Mozos de cordel.

Se necesitan algunos millones, para llevar las cargas públicas.

Entre Irún y Cádiz darán razon.

ÚLTIMA HORA.

El Padre Cobos, que creyó estrenar hábitos nuevos para asistir á las sesiones de Córtes, no ha podido conseguirlo todavía, porque sabido es lo que son los sastres.

Madrid: 1856.—Imprenta de D. P. Argote, Costanilla de Capuchinos, 13, bajo.